

LAS COSAS QUE DEBEN SUCEDER PRONTO

LAS COSAS QUE DEBEN SUCEDER PRONTO

Expectativas bíblicas de acontecimientos futuros

Hugo Bouter

Título original:

The things which must shortly come to pass

2024 © Hugo Bouter

Edición en holandés: 2024 © OudeSporen online publishing.

Edición en español: 2024 © Textorigen, España.

ISBN 979-8-329-46849-6

Traducción de David Sanz

Foto de portada: AdobeStock

Printed by Amazon

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio autorizado, sin el permiso previo y por escrito de Textorigen.

«Pero de aquel día y de la hora nadie sabe.»
Marcos 13:32

ÍNDICE

¿Qué futuro tienen Israel y la Iglesia?	9
Aparición, o revelación de Cristo en la gloria	15
La hora de la prueba	19
Las setenta semanas de Daniel	25
Tres oleadas de siete juicios	33
La última gran guerra mundial	39
La Aparición en el Monte de los Olivos y la instauración del Reino de paz	45
Satanás es juzgado; el gran trono blanco y el estado eterno	55

¿Qué futuro tienen
Israel y la Iglesia?

El cumplimiento de la profecía bíblica con respecto al fin de los tiempos ya ha comenzado. La creación del Estado de Israel en 1948 es una prueba de ello. Esta profecía se predijo en el evangelio de Mateo, y una anterior referencia del libro de Ezequiel lo confirma: «Aprended ahora esta parábola de la higuera; cuando su rama ya está tierna y echa hojas, sabéis que el verano está cerca» (Mt 24:32-34; cf 21:18-21; Ez 37:1-8).

La profecía trata de una restauración nacional de Israel seguida de su restauración

espiritual, que acaecerá mediante el soplo del Espíritu Santo sobre lo que anteriormente había recibido el nombre de *huesos secos*. Los huesos secos también se representan en Romanos 11 como las ramas rotas injertadas de nuevo en el olivo. Israel volverá a ser la viña del Señor y producirá fruto para Él.

La Iglesia, en cambio, tiene un futuro celestial. Su destino es ser arrebatada de la tierra. El mismo Jesús descenderá del cielo, y todos los verdaderos creyentes que pertenecen a la Iglesia, así como los santos del Antiguo Testamento —todos los que son de Cristo, según 1Co 15:23—, serán arrebatados para encontrarse con el Señor en el aire. Los muertos resucitarán, y los vivos serán transformados en un abrir y cerrar de ojos.

La Palabra de Dios dice: «Porque el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Entonces nosotros, los que estemos vivos y permanezcamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Así estaremos siempre con el Señor» (1Ts 4:13-18; 1Co 15:51; He 11:40).

La iglesia es llevada a la casa del Padre con sus muchas mansiones. Resulta una bendición especial para los creyentes de nuestro tiempo actual, pues conocen a Dios como Padre por medio de Jesucristo. Poseen un lugar privilegiado en su cercanía con Él y el Hijo. Las muchas moradas de la casa paterna son, por llamarlo de algún modo, las habitaciones íntimas de la

casa celestial de Dios, como en el Antiguo Testamento podían serlo las cámaras sacerdotales del templo.

El Señor Jesús habló acerca de ello: «No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y os recibiré a mí mismo, para que donde yo esté, estéis también vosotros. Padre, quiero que donde yo esté, también estén conmigo aquellos que me has dado, para que contemplan mi gloria que me has dado» (Jn 14:1-3; 17:24).

Aparición, o revelación de Cristo en la gloria

Después de que los juicios de Apocalipsis 4 a 19 se lleven a cabo, el Señor aparecerá en poder y gloria con todos los santos celestiales para establecer un reino visible en la tierra. Seremos revelados con Él en gloria. A esto se refieren la mayoría de los pasajes que hablan del regreso de Cristo (Col 3:4; 1Ts 4:14; 2Ts 1:10; Ap 19:14; Zc 14:5).

Habrà otro suceso importante antes de esto. Los creyentes comparecerán delante del tribunal de Cristo para ser recompensados por su trabajo y servicio en el tiem-

po del rechazo de Jesús. Están reservados tronos y coronas a sus seguidores, que reinarán con Él (Ro 14:10-12; 2Co 5:10; 2Ti 4:8). Ser presentados ante este tribunal es una bendición, porque allí serán transparentadas nuestras vidas. Los creyentes no seremos juzgados (Jn 5:24).

La hora de la prueba

La Iglesia espera el regreso del Señor Jesús. Será salvada de la hora de la prueba que vendrá sobre el mundo entero, un tiempo para probar a los habitantes de la tierra. Dice Jesús: «Yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que nadie quite tu corona» (Ap 3:10-11). Ser salvados de la hora de la prueba significa que la Iglesia no atravesará los juicios de los últimos siete años del fin de los tiempos. Cristo nos libra de la ira venidera (1Ts 1:10). Los habitantes de la tierra son todos aquellos que tienen una ambición exclusivamente terrenal y no poseen una vocación celes-

tial, quienes caen presa de las tentaciones de los tiempos del fin por el engaño de la bestia y el falso profeta.

La hora de la prueba abarca todo el período de la última semana del profeta Daniel (7 años). La *Gran Tribulación* es la segunda mitad de este período (3 años y medio, o 42 meses, o 1 260 días). Tenemos detalladas estas franjas de tiempo en Apocalipsis 11 y 12. El término «Gran Tribulación» aparece en Mateo 24:21, Marcos 13:19 y Apocalipsis 7:14. El Antiguo Testamento se refiere a este momento como el tiempo de la Tribulación de Jacob (Jer 30:7; Dn 12:1).

También habrá mártires en la primera mitad de los últimos 7 años, como dice Apocalipsis 6:9-11, aunque estas primeras

pruebas no son nada comparadas con lo que ocurrirá durante la Gran Tribulación. Quien se niegue a adorar a la bestia, será asesinado (Ap 13:15). Por el bien de los elegidos de Israel, que habrán aceptado al Mesías, aquellos días serán acortados (Mt 24:22). Los elegidos israelitas tendrán que huir a las montañas y al desierto de Judea para refugiarse de la persecución de la bestia y su profeta (Mt 24:16; Ap 11:7; 12:13).

Las setenta semanas de Daniel

La última semana de Daniel* (de las 70 semanas de años, la que se divide en secciones de 7 y 62 semanas), más una última semana, según Dn 9:24-27, consta de dos mitades:

a) Al comienzo de la semana, se firma un tratado de siete años entre la Europa reunificada —el imperio romano revivido— e Israel bajo el régimen del anticristo. A este pacto se le conoce como un tratado firmado con la muerte y el Seol (Is 28:15).

* El periodo de la Iglesia es un misterio revelado en el Nuevo Testamento, y no surge como una profecía del Antiguo Testamento.

b) Después de tres años y medio, el orden del culto recién instaurado en Jerusalén llega a su fin. En el templo reconstruido se colocará un ídolo, una estatua que sabrá hablar del gobernante romano. Esta es la abominación de desolación (Mt 24:15), es decir, el ídolo causará una zozobra general por medio de un agente destructor que Dios enviará desde el norte, Asiria, llamado también el *rey del Norte*, la vara de Su ira (Is 10:5; Dn 11:40-45; 12:11).

Además, el anticristo —la segunda bestia de Apocalipsis 13, llamada después el falso profeta— hará que le adoren como dios en el templo (2Ts 2:4; Ap 13:4,11).

La gente suele pensar erróneamente que el futuro gobernante de Europa y el anticristo serán la misma persona, pero Apoca-

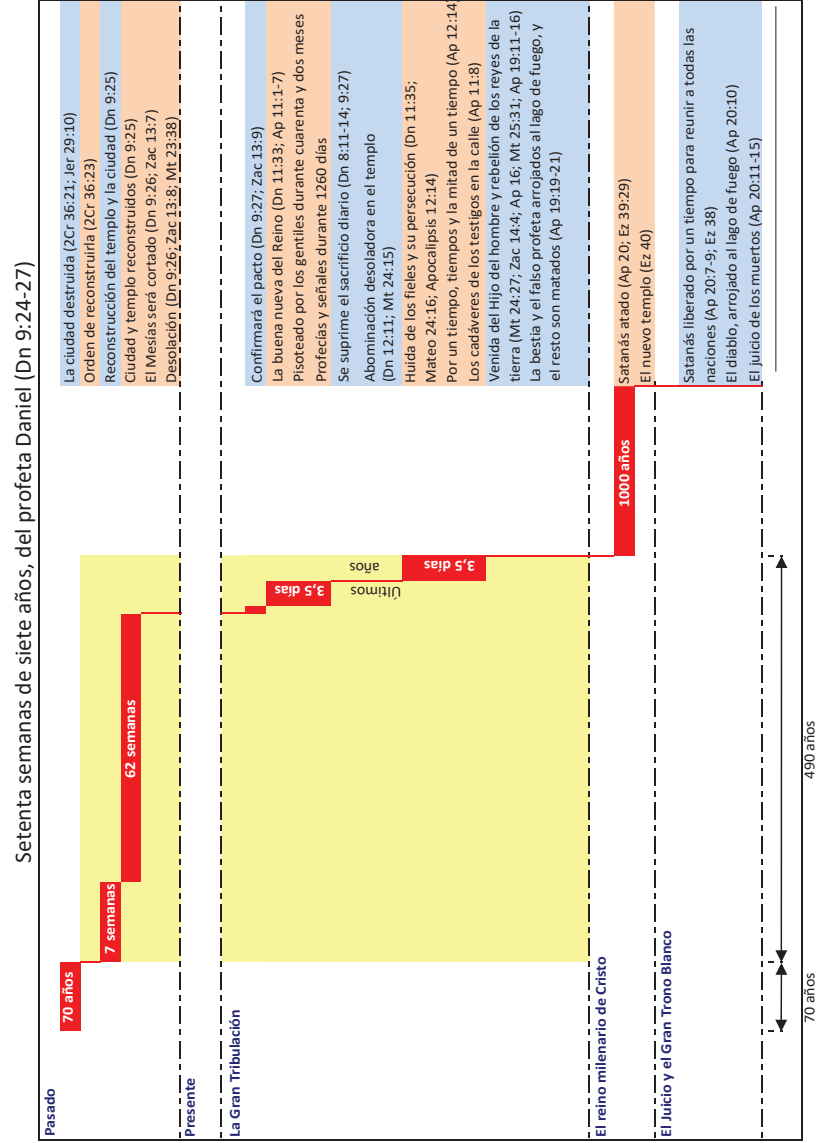
lipsis 13 habla claramente de dos figuras distintas, dos bestias, lo que viene a decir que ninguna tiene una relación consciente con Dios. A la primera persona se la suele llamar simplemente *la bestia*; la segunda es el *falso profeta*, quien engaña al pueblo para que adoren a la primera bestia. Esta segunda es el anticristo (1 y 2 Jn), el rey de Israel (Dn 11:36-39), el hombre de pecado, el sin ley, el hijo de perdición (2Ts 2). Un falso cristo que se presenta en su propio nombre (Jn 5:43).

El trasfondo de estos terribles acontecimientos deja entrever la escena de cuando Satanás es expulsado del cielo hacia la mitad de la última semana. Como acusador de los hermanos, no tendrá más acceso a las regiones celestiales, como hasta entonces había sido habitual en él (Job 1-2).

Aquí es presentado como:

- El gran dragón, el gobernante déspota que persigue al remanente creyente de Israel.
- La serpiente antigua, una engañadora astuta desde Génesis 3.
- El diablo (diabolos), el que calumnia.
- Satán (Satanas), el que se opone a Dios, el adversario.

Satán sabe que su tiempo es corto. Inspira a la bestia del mar, el líder romano, y a la bestia de la tierra, el anticristo, que finge ser un cordero pero habla como un dragón. Estos tres personajes protagonizarán una trinidad del mal.



Tres oleadas de siete juicios

Estallan con toda su furia los juicios del fin de los tiempos para castigar a estas fuerzas unidas del mal. Habrá guerras y desolaciones prescritas hasta el fin. Juan explica a través de un cielo abierto—desde el punto de vista de los santos celestiales— los juicios durante todo el período de siete años. Llama este tiempo *lo que debe suceder después de esto*, es decir, el tiempo después de la historia de la Iglesia y su arrebatamiento (Ap 4:1).

Apocalipsis trata de las visiones del trono y del templo (Ap 4:2, 8:3 y 11:19). La

norma del juicio tiene siempre como meta la gloria y la santidad de Dios. Hay siete juicios de sellos, y siete juicios de trompeta. Los juicios de los sellos en Apocalipsis capítulo 6 describen, principalmente, los sucesos de la primera mitad de la última semana de Daniel, *el comienzo de dolores* —literalmente «dolores de parto», según Mateo 24:8—. Los juicios de las trompetas y de las copas detallan específicamente los acontecimientos que transcurrirán en la segunda mitad de la semana, durante la Gran Tribulación.

El juicio de la séptima trompeta dura hasta el regreso de Cristo y el establecimiento de Su reino (Ap 11:15-18). Esto significa que los siete juicios de la copa de la ira de Dios —las últimas siete plagas de los capítulos 15 y 16— deben completarse antes

de que todo finalice. Esto también se dice en relación con otras cosas que se cuentan con detalle entre los capítulos 12 y 18, como el juicio de Babilonia la Grande. El capítulo 14 proporciona un atisbo del regreso del Hijo del Hombre y el juicio que lleva a cabo sobre el Israel apóstata que sigue al anticristo.

En el pasaje que va del 19:6 al 21:8 volvemos a encontrar un orden cronológico de los acontecimientos que transcurrirán entre la aparición de Cristo y la llegada del nuevo cielo y la tierra nueva.



Armagedón, la última gran guerra mundial

Cuando el sexto ángel derrama su copa de la ira divina (Ap 16:12-16), nos encontramos casi al final de la Gran Tribulación. El derramamiento de las copas tiene lugar precisamente antes de la vuelta de Jesucristo. En el transcurso del sexto juicio de las copas habrá una concentración masiva de tropas en Armagedón. Cerca de la ciudad de Meguido, en el valle de Jezreel, se encuentra un conocido campo de batalla en que cayeron derrotados muchos reyes del Antiguo Testamento. Asimismo, este campo se transformará en un foso de combate hacia el fin de los tiempos.

Tras derramarse la sexta copa, las aguas del Éufrates se secan y despejan la vía para que los reyes suban desde el este hacia Israel, desde la salida del sol. Deben de ser ejércitos procedentes del lejano oriente, como la India, Pakistán y China, porque el rey del Norte —Siria, apoyada por Irán— hace tiempo que ha invadido el país y ha logrado grandes conquistas hasta Egipto (Dn 11:40-45; Zac 13:8; 14:2).

Bajo la influencia de tres espíritus inmundos, los reyes de toda la tierra, es decir, del territorio conocido como imperio romano (Lc 2:1), acudirán a Armagedón donde las fuerzas europeas serán completamente devastadas por Cristo (Ap 16:15-16; 17:12-14; 19:19-21). Él ejecutará este juicio desde el cielo abierto, como bien indica Apocalipsis 19. Las dos bestias —el

gobernante romano y su profeta— serán entonces derrotadas, apresadas y arrojadas vivas al lago de fuego (Is 11:4; 2Ts 2:8). La escena establece un claro contraste con Satanás, quien es arrojado al lago de fuego únicamente después de la era milenaria (Ap 20:10).

ARMAGEDÓN

«Y los reunieron en el lugar llamado en hebreo *Har-magedón*» (Ap 16:16).

La ubicación geográfica de este lugar se encuentra en el valle de Jezreel y, en particular, en la montaña de Meguido, la antigua ciudad fortificada que lleva su nombre. *Har-magedon* significa en hebreo «el monte de Meguido».



La Aparición en el Monte de los Olivos y la instauración del Reino de paz

Después de estos sucesos, Cristo aparece en el Monte de los Olivos para derrotar también al Rey del Norte, quien ha regresado de Egipto y ha establecido su cuartel general no muy lejos de la ciudad santa (Dn 11:45). Sí, los pies del Señor se posarán sobre este monte, lugar desde el cual había ascendido a los cielos (Zac 14:4; Hch 1:9-12).

Aparece en majestad con todos Sus santos celestiales y Sus poderosos ángeles (Zac 14:5b; 2Ts 1:7) cuando los habitantes de Jerusalén corren gran peligro. Al descen-

der sobre el Monte de los Olivos, sucederá un terremoto que provocará que la montaña se parta en dos, de este a oeste, creando un valle a través del cual discurre una ruta para que los habitantes amenazados de la ciudad puedan escapar. Junto a Su pueblo, Cristo le gana la batalla al rey del Norte asestándole un golpe mortal y devastador. Jerusalén recibe la ayuda de los habitantes de Judea, que huyeron al comienzo de la Gran Tribulación pero después regresaron (Zac 10:3-5; 12:1-9; 14:3-7).

Así serán juzgadas también las demás naciones vecinas, las cuales se levantaron para luchar contra Jerusalén. Leemos acerca de ello en el Antiguo Testamento (Sal 83:2-8; Jl 3; Mal 4:1-3). Joel nombra el lugar de estos acontecimientos el valle de Josafat, no muy alejado de Jerusalén. En

el Salmo 83 se encuentran reunidas todas las naciones enemigas con sus nombres proféticos: Edom y los ismaelitas, Moab y los hagritas, Gebal, Amón y Amalec, Filistea, Tiro y Asiria.

Sin embargo, al comienzo del Reino de paz, enormes ejércitos rusos invadirán la tierra de Israel mientras esta se encuentra relativamente tranquila y segura. El nombre profético de Rusia es Gog, la potencia mundial situada en el extremo norte del globo desde la óptica israelita (Ez 38:6, 15; 39:2). Dios destruirá estos ejércitos en las montañas de Israel por medio de desastres naturales, por una parte, y haciendo que se maten unos a otros, por otra. En este juicio morirá tanta gente que los habitantes de Israel tardarán siete meses en enterrar los cadáveres (Ez 39:12-16).

Después de esto, tendrá lugar el juicio de los vivos, momento en el que Cristo se sentará en el trono de Su gloria y todas las naciones comparecerán ante Él (Mt 25:31-46). Serán separadas en dos grupos: *las ovejas y las cabras*. Las personas serán separadas unas de otras: a las ovejas se les permitirá entrar en el Reino de paz, mientras que las cabras serán enviadas al castigo eterno.

El criterio para esta deliberación se medirá por cómo hayan tratado los hombres a los hermanos del Rey. Estos son, en primer lugar, los sellados de Israel, que, sobre todo en la primera mitad de la última semana, han predicado el evangelio del reino por todo el mundo (Mt 24:14; Ap 7:1-8). Las ovejas han aceptado este evangelio y lo han demostrado, entre otras co-

sas, acogiendo a los hermanos del Rey. Las cabras, en cambio, mostraron su rechazo al desentenderse de estos misioneros, sin preocuparse de ofrecerles vestido ni visitarlos en prisión.

En mi opinión, no creo que todas las personas de las naciones vayan a estar presentes en Jerusalén, aunque el juicio se celebre allí, puede que por medio de heraldos que cumplirán su cometido de modo similar a aquellos que viajarán cada año a la capital durante el Reinado de paz. La consumación del juicio abarcará toda la tierra, y por medio de ángeles enviados por el Hijo del hombre, para expulsar de Su reino a los malvados (Mt 13:40-42, 49-50).

El único lugar de la Biblia que nos permite saber que el Reino de paz durará mil años

es el pasaje 20:2-7 de Apocalipsis, donde el término *mil años* sale seis veces. Numerosos pasajes de los Salmos y los profetas hablan de ello, atestiguando que habrá un tiempo de bendición sin precedentes para toda la creación bajo el glorioso reinado del Príncipe de la Paz (Sal 22:26-31; 45; 72; 93; 101; 110-111; 132-133; 145; Is 2:2-4; 9:7; 11:6-16; 25:6-8; 32:1-5,15-18; 33:17-20; 35:1-10; 54:1-17; 60:1-22; 66:10-14,18-24; Jer 31:31-40; Ez 40-48; Dn 7:27; Os 14:4-8; Jl 3:17-18; Am 9:11-15; Mi 4:1-5; 5:3-5; Sof 3:9-20; Hag 2:7-10; Zac 6:12-13; 14:8-21).

Cristo será Rey sobre toda la tierra. La ley saldrá de Sion, si bien la Nueva Jerusalén se constituirá como capital celestial del Reino de paz. El único lugar de culto en la tierra será el templo de Jerusalén. El

nombre de la ciudad será «el Señor está aquí» (Ez 48:35). Representantes de todas las naciones acudirán anualmente para celebrar la fiesta de los tabernáculos.

Satanás y sus demonios quedarán atados mil años. La enfermedad y la muerte serán acontecimientos esporádicos, únicamente como resultado de un castigo oportuno para los actos impíos que osaran cometerse (Is 65:20). El lobo y el cordero pacerán juntos, y el león comerá paja como el buey. La maldición causada por la corrupción de la creación se eliminará.

Satanás es juzgado;
el gran trono blanco
y el estado eterno

Sin embargo, finalmente Satanás será liberado de su prisión al concluir el Reino de paz y pondrá a prueba a la humanidad otra vez. Un último intento para liderarlos a todos en la gran rebelión final contra Dios y Su ungido (Sal 2:2). Por desgracia, las naciones de las cuatro esquinas de la tierra —Gog y Magog— serán engañadas para ir a la guerra contra la ciudad amada. Pero el fuego de Dios descenderá del cielo y los consumirá, y el diablo será arrojado al lago ardiente para ser atormentado con sus dos aliados por los siglos de los siglos (Ap 20:7-10).

¿No es terrible que los versículos siguientes digan que habrá personas que también acabarán en la condenación eterna? En realidad, el fuego eterno fue preparado para el diablo y sus ángeles (Mt 25:41), pero los seres humanos que hayan elegido el bando de Satanás compartirán su mismo destino en la eternidad. Antes comparecerán ante el gran trono blanco, donde cada cual será juzgado justamente según sus obras (Ap 20:11-15).

Esta es la suerte que correrán el resto de los muertos, quienes no tuvieron parte en la primera resurrección, la resurrección de vida (Jn 5:29; Fil 3:11; Ap 20:5-6). Sus nombres no se van a encontrar en el Libro de la Vida, por lo que su fin es la muerte segunda: el lago de fuego.

Esto último debe suceder antes de que Dios haga nuevas todas las cosas (Ap 20:11; 21:1). Con esto, habremos llegado al futuro estado eterno, el nuevo cielo y la nueva tierra, descritos en tan solo ocho versículos (Ap 21:1-8). Existirá una armonía perfecta. En el estado eterno, Dios tendrá comunión íntima con la gente de la nueva tierra. Vivirá con ella en Su tabernáculo, la iglesia. No existirán dos naciones distintas, sino que todos los habitantes sobre la tierra serán Su pueblo, y Dios estará con ellos como su Dios. Pablo dice que Él será todo en todos (1Co 15:28).

Tras estas maravillosas declaraciones del libro de Apocalipsis, se dirige una mirada retrospectiva hacia la Nueva Jerusalén durante el reinado de paz (Ap 21:9-22:5). El último libro de la Biblia cierra con el

anuncio del pronto regreso de Cristo. Él es el testigo que pronuncia sus propias palabras: «He aquí, yo vengo pronto». ¿Podemos responderle de igual modo, y con fidelidad, «amén, ven, Señor Jesús»?